



Mi intención

Abundan los textos que nos ayudan a conocernos mejor y descubrir nuestra espiritualidad.

Soy consciente de que no estamos carentes de información, sino de experiencias que nos permitan sentir la presencia de esa fuerza invisible que obra en nosotros. Quizás, se nos ha hecho difícil, hasta ahora, ir más allá de lo que podemos comprender con nuestras razones para poder «sentir» lo que vivimos y permitir que el corazón nos guíe. Pero ya es hora.

En mi caminar, me he encontrado con muchas personas que aun cuando han alcanzado sus metas, se sienten incompletos. Nuestra presencia en el mundo tiene un propósito, y hasta que no lo encarnemos, el alma seguirá impulsándonos a descubrirlo. Porque traemos la misión de generar en la Tierra una experiencia que solo nosotros, en nuestra individualidad, podemos lograr. Y negarnos a ella es demorarnos en alcanzar nuestra plenitud y ofrecer a nuestro entorno eso que nadie más podrá hacer.

Esta es la intención de este libro: que de una manera simple y práctica, activemos el recurso más valioso que todos

tenemos por el solo hecho de haber nacido, para permitirnos observar al mundo y a nosotros mismos con otros ojos. Y, además, para dejar que él nos guíe para cumplir nuestros sueños. Porque pocas cosas son más importantes que cumplir nuestro destino personal.

JULIO BEVIONE



Prólogo

Cuando escuché explicar a Julio Bevione cómo nuestros sueños nos definen, en solo un momento pude recorrer mi vida y darme cuenta de ese hilo invisible que siempre he sentido obrando en cada paso que daba. Hoy puedo reconocer que cada proyecto en el que he triunfado, ha tenido su origen en un sueño, en un pensamiento que fui cultivando con la alegría del corazón.

La primera imagen que recordé fue la de una tarde caminando con mi madre hacia un hospital del Seguro Social, en Venezuela. Vivíamos en Petare, uno de los barrios más populares de Caracas. Si bien nunca nos faltó nada, porque nuestros padres trabajaron para darnos la mejor vida posible, tampoco sobraba.

Pero ese día, cuando caminaba me sentía una estrella. Imaginaba que la gente me miraba, que me admiraban y comencé a caminar dando saltos, bailando, disfrutando de esa sensación incontenible. Nada de lo que veía sumaba a mi sueño, porque aún puedo recordar el sencillo vestido que llevaba, heredado de mis hermanas, y unos zapatos viejos. Pero

la alegría que sentía en mi corazón derribaba todos los imposibles. Era más poderosa que aquellas casitas bajas y las calles de tierra ¡Era una estrella!

No tengo dudas de que, más adelante, esa fuerza que nacía de mi interior fue la que me permitió decir que sí ante propuestas que para mis miedos podrían haber quedado demasiado grandes. Pero para mi corazón tenía claramente la marca de mi destino. Y por eso los miedos perdían peso.

A lo largo de los años, he vivido muchos cambios y transformaciones, y en la mayoría he dejado que mi corazón intervenga. Por eso, cuando la gente me pregunta: «¿Cómo lo hiciste?» A veces no tengo otra respuesta más que decirles que hice lo que sentía en ese momento.

Agradezco cada momento vivido, especialmente a las alas que mis padres nos pusieron de niños a mí y a mis hermanos, porque eso hizo más fácil nuestro caminar. Haber sido fiel a mi corazón me ha permitido vivir intensamente todo lo que la vida me ofreció, y estar en paz con cada capítulo.

Hoy, cuando termino de trabajar y llega el aplauso, sigo sintiendo el gozo de aquella niña que desafiaba lo que veía para sostener la verdad de lo que sentía. Ese sentimiento sigue marcando mi camino.

Es mi deseo que con este libro puedan descubrir la sabiduría del corazón y el poder que todos tenemos para desafiar imposibles y apostar por nuestros sueños.

CATHERINE FULOP

Actriz y presentadora venezolana
de gran éxito en la República Argentina.



Introducción

Sobre nuestro poder personal

La humanidad ha dado saltos en su evolución, unos más rápidos que otros, pero todos nos han ido acercando a nuestra autenticidad, a honrar nuestra esencia y nos acercaron a nuestro propósito de vida. Digamos que cada vez más nuestra vida se aprovecha momento a momento, con cada circunstancia que vivimos, tardando menos en descubrir quién somos realmente, en tomar decisiones y en elegir lo que nos haga sentir vivos. Vivos en el sentido más profundo de la palabra.

Estamos ahora transitando una de las etapas más significativas del mundo, al menos de los últimos miles de años. Los seres humanos, después de haber insistido en tomar decisiones usando solo la razón, comenzamos a despertar la inteligencia ligada al corazón y a nuestra alma. Estamos desafiando más los «me conviene» para dejar lugar a los «siento que es esto» o «siento que es por allí». Quizás, nos hemos dado cuenta de que cuando usamos solamente

la razón, muchas veces los resultados no han sido los esperados. Nos estamos permitiendo, finalmente, bajar de la cabeza al corazón, ese tránsito del que tanto hemos escrito y leído, que ha inspirado a poetas y filósofos, pero que seguía estando pendiente en nuestros hábitos cotidianos. No para abandonar nuestro razonamiento, sino para integrar una pieza clave: la sabiduría interior.

A esto lo llamo «inteligencia espiritual», basada en nuestros valores y en lo que no atenta contra nuestra verdad más profunda, la que sabe reconocer lo que nos aportará para nuestra evolución o la evolución de nuestra comunidad. Como cuando nos sentimos como un engranaje de un sistema mayor, del que somos una pieza clave e importante, pero no la única.

Si vamos más allá de nuestros cinco sentidos, se abren nuevas posibilidades. En estos días, la madurez ya no se queda en la idea del buen uso del paso de tiempo, medida por la prudencia que muchas veces tiene atisbos de miedo, sino de una madurez interna donde podemos reflexionar más profundamente sobre lo que nos sucede, sobre las situaciones en las que estamos involucrados y sobre nuestras relaciones. Darnos un tiempo para el verdadero discernimiento de nuestras metas, para que estén más acordes a nuestro destino personal que a las presiones determinadas por el entorno, nuestra edad o las circunstancias de un cierto momento de nuestra vida.

Es cada día más común encontrarse con gente que sale adelante y brilla por sus talentos, más allá del lugar del mundo donde viva, sus posibilidades económicas y los patrones estéticos establecidos. El éxito, como realización personal, está abierto a las personas que en sus decisiones, consciente o inconscientemente, incluyeron la sabiduría de su alma, que

es la única capaz de trascender los conceptos tan extremos de lo bueno y lo malo, de las aparentes carencias y los límites que creamos tener, para encontrar un camino posible con nuestros propios recursos, la mayoría de ellos internos. Hemos dejado de depender tanto del entorno dándole valor de lo interno, que cada día define más nuestra realidad y nuestro destino.

¡Cuánto bienestar creamos si confiamos en la sabiduría del alma! Personas más realizadas y un sentido de comunidad donde apoyarse y compartir, en lugar de competir y buscar beneficios individuales, además de relaciones donde la comprensión y la aceptación son una forma de vida. Hacia ese mundo vamos y, mientras vemos cómo el viejo mundo se va cayendo a pedazos —y quizá por eso hace tanto ruido—, nos queda por decidir a qué mundo queremos pertenecer. Es mi intención ser parte de lo nuevo y sé que si estás interesado en este texto, estás entre nosotros.

Cuando podemos ver la vida desde el corazón vamos encontrando nuestro espacio y la competencia ya no nos mueve, sino el deseo de ofrecer lo que tenemos para dar, con la certeza de que eso que somos es suficiente para valernos, sin hacer sombras ni estar bajo la sombra de otros. Vamos encontrando nuestro propio brillo.

Una de las características del viejo mundo, el de los cinco sentidos, es que creemos que lo único real es lo que se percibe como tal. Nos pasa como al apóstol Tomás que necesitaba ver para creer.

Nos sucede cuando vemos una película con solo dos sentidos activados, la vista y el oído; después de unos minutos terminamos inmersos en el argumento, sufrimos o nos enamoramos, nos sentimos parte de la historia y hasta puede que se torne una referencia para nuestra vida «real».

El uso de nuestros cinco sentidos ha ido validando lo que vemos, olemos, tocamos, saboreamos y escuchamos, y eso ha hecho que la mayoría de nuestras referencias culturales, los aprendizajes y nuestras decisiones estén sostenidas en sus verdades. ¿Cómo no dar certeza a todo lo que percibimos con los cinco sentidos activados? Cuando veo una puerta cerrada, la puedo tocar, escucho que otros hablan de ella... y lo confirmo sin cuestionarlo. No tengo dudas de que allí hay una puerta. ¿Pero es todo lo que hay? ¿De verdad está cerrada?

Me ocurrió en una fila para retirar dinero de un cajero automático. Había una larga cola y cinco cajeros automáticos, pero cuatro de ellos estaban desocupados. Según me dijo la persona que me antecedió, solo uno funcionaba. Y el comentario entre quienes estaban en la fila era justamente sobre el mal servicio de esta sucursal bancaria que siempre tenía problemas con sus cajeros automáticos. La discusión tenía sentido y terminé envuelto en ella. Todos los que estábamos esperando para utilizar ese único cajero disponible confirmábamos lo que estaba sucediendo, según lo percibíamos. Mientras tanto, vi que llegó una persona que en su distracción, por estar inmerso en una llamada telefónica, no vio la fila. Caminó directo a uno de los cuatro cajeros vacíos, retiró su dinero y siguió. Los demás cajeros sí estaban funcionando, pero nadie se animó a dar el paso y se quedó con lo que escuchaba, con lo que le habían dicho, con lo que todos queríamos confirmar.

Permitirnos ir más allá de nuestra lógica humana y comenzar a andar otros caminos guiados por los recursos del alma es, en un principio, incómodo. Puede serlo para nosotros, y seguro lo es para nuestro entorno. Y es inevitable que sea así. Cuestionar lo que el mundo considera obvio, eviden-

te y comprobable, puede transformarse, para los demás, en un acto de locura. Pero es un paso que nos llevará, sin dudas, a nuestra grandeza. La mayoría de las personas que admiramos, tienen una biografía inusual. Muchos vienen de una infancia que los podría haber convertido fácilmente en víctimas del mundo si no hubiesen contado con apoyo cuando lo necesitaron, ya sea de la confianza de su familia o de los recursos materiales que hubieran requerido para salir adelante. Pero allí están, en un lugar de poder inspirando a otros. Ese trayecto desde descubrir sus sueños a vivirlos, estuvo guiado por una fuerza interna que desafió cualquier miedo, incluso aquellos que con alguna razón hubieran tenido. Porque no se quedaron con sus razones y buscaron más profundamente donde resonaba una verdad más poderosa: en su corazón.

No importa en qué etapa de nuestra vida nos encontremos, no sentiremos que nuestras alas están realmente desplegadas hasta que no estemos haciendo uso de todo nuestro potencial. Siempre estuvo disponible, pero no lo habíamos notado. O al notarlo, lo postergamos porque el peso que le pusimos al entorno era más fuerte; lo podíamos sentir como verdadero solo en nuestra propia intimidad. Pero en nuestra evolución, ha llegado el momento de incorporarlo.

Hacerlo, implica dejar de funcionar a la fuerza, empujando para que nuestra vida se mueva, donde la idea del sacrificio cobra tanta importancia, para vivirla usando nuestro poder. Nuestro poder verdadero, el que cada uno de nosotros tiene, sin excepción.

Hemos imaginado que el poder está fuera de nosotros, en las jerarquías, en los que más tienen, en alguien más. Y al hacerlo, nos hemos movido de nuestro propio espacio de poder personal, sosteniendo la creencia de que alguien debe

hacer algo por nosotros para que nuestra vida tenga sentido o al menos funcione. Por ejemplo, la asistencia de un Estado proveedor, en cuanto a la conciencia ciudadana, cuando delegamos al Estado el poder de tener o no tener y hasta de lo que vamos a ser. «Es este país, no se puede» es una de las frases que más escucho al viajar por Latinoamérica. Y, eventualmente, así es. Porque lo creemos, lo confirmamos y entre todos lo hacemos. Podríamos cambiar en pocos años la historia de nuestros países si al menos unas cuantas personas de una generación lograran ver con claridad esta idea y ponerse en marcha para asumirlo. Confío en que está ocurriendo y no tardaremos en ver los resultados. De todas maneras, nadie podrá hacer nuestra parte, así es que hay un lugar esperando para nosotros en este nuevo mundo cada día más evidente.

Otra manera muy clara de poner nuestro poder afuera es en las relaciones. Cuando buscamos soluciones, esperamos que comiencen por el otro, ya sean los padres, la pareja o alguien más, pero por el otro. Dedicué todo un año a hablar en mis conferencias de relaciones, porque puedo ver cómo consumimos gran parte de nuestra energía en ellas, y muchas veces para destruir, en lugar de sumar. En las conferencias, recordaba que la única parte de la pareja que me corresponde y en la que tengo poder de transformar algo, es en mí. En todo tipo de relación, soy la única parte a la que puedo acceder, igual que en un grupo de trabajo o en la familia.

Asumir el poder personal implica ocupar nuestro lugar y hacernos responsables de lo que tenemos que hacer. Cuando nos ocupamos de lo que es nuestro, además de dejar de pedírselo a los demás, no invadimos su espacio tratando de controlarlos. Quien tiene tiempo de meterse en la vida ajena, es porque no está atendiendo la suya. Tenemos energía

suficiente para mantener a una persona. Y esa persona somos nosotros. Una vez nos sentimos completos, tendremos más energía para asistir a otros. Pero comienzo por mí.

Una persona que vive consciente de su poder personal es incapaz de ser una víctima de nada ni de nadie. No invierte su potencial energético en alimentar a los demás sin antes haberse alimentado a sí mismo, para después poder ofrecerse como alguien íntegro y completo. Tampoco recibir será una necesidad, aunque ocurrirá naturalmente porque estará viviendo la expresión más elevada de un ser humano: dar sin miedos. Y al dar, recibir es la consecuencia inmediata.

Una de las maneras de hacernos conscientes de dónde hemos puesto nuestro poder es revisando honestamente lo que nos interesa. ¿Es dinero, una relación, el cuerpo o el trabajo? También preguntándonos qué tememos perder. Si el poder lo tenemos puesto en algo externo lo más probable es que el miedo esté acompañándolo, porque al no ser real, necesitará momentáneamente de las ilusiones que solo el miedo puede idear. Y a eso que creemos que es tan importante le hemos dado el poder que debería estar sobre nuestra persona.

El verdadero poder nace del alma. Y todo lo que hagamos consultando al alma, llevará impreso ese poder y la garantía de brillar, porque es la luz misma lo que lo inspira. En cambio, cuando la energía que sale de nosotros lleva miedo, no puede menos que producir algún tipo de caos, ser insuficiente y convertirse en una razón para que el dolor ocurra. Lo más importante es que antes de que eso ocurra, en nuestro cuerpo habrá señales para avisarnos de lo que está sucediendo. Es decir, no será necesario vivir la experiencia porque podremos corregir esa energía que aún no hemos utilizado para tomar una decisión mejor, si fuera necesaria.

Muchas experiencias de ansiedad están ligadas a la pérdida de poder real. Estamos desconectados del alma y haciendo lo que solo la mente, con sus miedos, nos indica. La sensación de ansiedad que experimentamos en el cuerpo es la experiencia física de esa desconexión. Si buscamos su causa y no nos quedamos en el síntoma, la solución será doble: no tendremos más ansiedad y nos reconectaremos con la parte más sabia de nosotros.

En realidad, toda molestia física es un aviso de estar alejándonos de nuestra esencia o distraídos en nuestra personalidad. La tristeza, por ejemplo, es una de las más evidentes. Por eso nunca es conveniente disimular las emociones o las molestias físicas. Porque el alma puede hablar a través de ellas. Los síntomas son su recurso para que podamos atender su llamada.

Fuimos diseñados para transitar con más facilidad nuestras experiencias humanas. Y ese diseño termina de activarse cuando dos elementos se alinean: el alma y la personalidad. Esa es la función de nuestro corazón, que trabaja como un GPS para indicarnos el camino que en algunos casos no evitará los aprendizajes, pero tampoco nos retrasará en ellos. Nos permitirá aprender y seguir andando.

Es en este mundo invisible donde también están los valores más importantes. Un sentido de ética al obrar es natural cuando el corazón está incluido en el accionar. Y los dones espirituales cobran fuerza naturalmente. Ese es el sentido con el que Gandhi pudo convencer a miles con su idea de paz en medio del odio y la Madre Teresa ser compasiva ante la desgracia. Y por el que nosotros podremos acceder a lo que necesitemos en cada momento, ya sea visión, paciencia, certeza, claridad, voluntad o comprensión.

Nuestra personalidad puede sentir miedo. Puede ser in-

diferente, cínica, violenta o sentirse sola. El alma, en cambio, no negocia con lo que no vale la pena.

La personalidad no es lo opuesto al alma, sino su complemento. Separada de ella pierde poder y, sobre todo, pierde su sentido. Es una herramienta de esta experiencia física al servicio del alma. No es negativa ni positiva, pero podemos usarla para uno u otro propósito según decidamos incluir o no la visión interna.

Entonces, nuestro trabajo espiritual no es ignorar a la personalidad y dedicarle toda la atención al alma. La personalidad es necesaria y tiene una importante contribución en nuestra evolución. El verdadero trabajo terrenal es ir alineando nuestra personalidad y el alma, para que cada una cumpla con su propósito. Sanar implica transitar en ese proceso. Una persona que sana es alguien que va ordenando las funciones de una y otra. La personalidad será ejecutiva y el alma la guía que nos marcará el destino y cómo transitarlo. Una vida consciente se logra cuando ese equilibrio se sostiene en lo cotidiano, en nuestro andar. Una personalidad que está integrada en el alma está alerta, pero no teme. Escucha sus miedos, pero los entiende y no se guía por ellos. Reconoce los desafíos que la vida le presenta, pero encuentra una manera de transitarlos y seguir fortaleciéndose.

Una persona que está en contacto con su alma es humilde, serena y comprensiva. Puede ver la belleza de la vida ocurriendo en cada momento, más allá de la apariencia que tenga. Como está conectada con su esencia, puede conectarse con la esencia de lo que le rodea, especialmente de las personas con las que comparte. Tiene claridad, la que solo la sabiduría puede ofrecer.

Mi inspiración para lo que encontrarás en las siguientes páginas nace del alma. De un deseo profundo de encontrar

maneras posibles de vivir una vida espiritual con los pies en la Tierra. De incorporar esta sabiduría a nuestro andar cotidiano y permitir que nuestra vida se parezca cada vez más a nosotros.

Ya es tiempo de vivir más fácil, más simple y más abundantes.

Siguiendo las señales

Desde el punto de vista religioso y también desde lo místico, sabemos mucho del alma, o tanto como hayamos podido leer y aprender. Pero pocas veces nos hemos planteado la idea de tenerla en cuenta en los actos cotidianos, en nuestras decisiones o en el momento de establecer las prioridades de esta vida física, la que cada día comienza al despertarnos.

Históricamente, hemos centrado la atención de la ciencia, de la investigación, de los estudios y de las grandes decisiones que hemos tomado tanto de manera individual como en grupos, a nuestras necesidades desde el punto de vista físico, incluyendo tanto lo material como lo emocional. Nos habíamos centrado en el cuerpo y en la personalidad. En ser cada vez mejores, buenos, pero no necesariamente en vivir en paz. En paz con nosotros y con los demás. En la verdadera práctica del amor, basada en la compasión y el respeto de todas las diferencias que nuestra personalidad siempre encuentra. Quizás porque como solamente hemos considerado real e importante aquello que nuestros cinco sentidos pueden verificar, fuimos dejando de lado la poderosa mirada que la visión del alma podía abrir para nosotros.

Desde la psicología tradicional, se han dado grandes pasos en el estudio del ser humano, de sus pensamientos, de su mundo de afectos y las relaciones, pero su marco de referen-

cia sigue siendo el mundo de los cinco sentidos. Quizás porque la ciencia no ha podido llegar a una conclusión más definida sobre el alma es que sigue estando fuera de su estudio cuando trabaja en función del ser humano. Aunque ya se asoman los primeros cambios a esta forma tradicional de estudiarlo. Nuevas ciencias, como las relacionadas al estudio del espacio cuántico, comienzan a dar respuestas verificables a asuntos que antes solo ocupaban espacio en libros de metafísica, chamanismo o espiritualidad.

Quienes hasta ahora habían estudiado los asuntos del alma, lo hicieron de una manera tan mística que no fue tarea sencilla relacionarlo con una experiencia aplicable a nuestro vivir diario. Muchos tenemos la certeza de la existencia del alma, pero reconocer que existe no nos modifica. Solo expande nuestro conocimiento, pero no nos permite recibir los regalos que su presencia nos trae. Lograr integrar los mundos visible e invisible que parecen antagónicos pero solo son complementarios, el de la personalidad y el alma, es el propósito de este libro. Y, sobre todo, hacerlo de una manera práctica para que podamos experimentarlo. Porque nada nos va a dar mayor posibilidad de abrir los ojos, hacia adentro y afuera de nosotros, que vivir y sentir la experiencia. Ningún registro es más poderoso que la vivencia.

Ya es momento de dar ese paso, porque el alma es la guía más sabia para mostrarnos el camino. Está libre de especulaciones, juicios y miedos. Especialmente de miedos, los que cuando se instalan nos muestran una realidad distorsionada, impulsándonos a tomar decisiones apresuradas, inciertas y que no nos llevan a donde realmente queremos llegar. Hacen más largo el camino.

Todos tenemos acceso a la información que nos permite saber hacia dónde ir, qué metas o destino elegir, potenciando

las posibilidades de concretarlo. Y también de cómo podemos transitarlo de manera armoniosa. Ese mecanismo interno está instalado en nosotros desde nuestro primer aliento y ser conscientes de él nos facilitará tanto nuestro día a día como la realización de nuestros sueños.

De hecho, los sueños son nuestros puntos de partida.

Mis primeros pasos

De mi niñez, en un pequeño pueblo de Córdoba, en Argentina, recuerdo algunos momentos con claridad. Entre ellos, las largas conversaciones con mis vecinas que me esperaban a la salida de la escuela para hacer de la hora de la merienda una excusa para conversar. Las escuchaba, me escuchaban, y pasaban las horas sin darnos cuenta. Cuando hacemos lo que el alma nos guía a hacer, el tiempo es una de las variables que se altera y perdemos una noción real de él. La soledad y lo que les afligía a mis vecinas solía ser el eje de la conversación. Yo apenas tenía 7 años, ellas más de 60. Yo me sentía pleno y ellas acompañadas.

También tengo presente la lectura de unas revistas que mi abuela guardaba bajo su colchón para que nadie pudiera leerlas antes que ella y asegurarse de que en sus desvelos tendría algo para entretenerse. Me causaban mucha curiosidad, no solo porque ella las escondía y allí ya había un punto de misterio que sumaba interés, sino también porque en sus páginas confirmé, por primera vez, que el mundo era más grande de lo que veía a mi alrededor. La revista, aun en el mercado y una de las más antiguas del mundo, se llama *Selecciones* editada por Reader's Digest. Y si bien la edición era en español, los autores, al ser norteamericanos, tenían nombres en inglés. En aquel momento, yo no sabía de la existen-

cia de otro idioma como tal, porque apenas había aprendido a leer en español, pero al no poder comprender lo que leía pude sentir lo que había intuido, que hay un mundo donde existe gente diferente. Y quise ser uno de ellos.

En las fotografías y las historias de *Selecciones*, había repetidas narraciones sobre Nueva York. No había visto lugar más precioso que esas calles... ¡y efectivamente existían! Lejos, en algún lugar, pero pude verificar que el mundo era tan grande como lo imaginaba. Fantaseaba con recorrerlas, aun sin tener muy claro dónde estaba ese lugar. Hace más de 35 años de esas historias y por aquel entonces no había televisión por satélite ni Internet, lo más cercano a ver el mundo era en las páginas centrales de un libro escolar donde había un atlas, como llamábamos al mapa que mostraba los cinco continentes. Pero sentía que el mundo era mucho más que lo que podría corroborar.

Y le sumo otro hecho significativo. A los 12 años, me regalan un cassette, el antiguo formato en el que se compraba música, de una cantante norteamericana que apenas iba vestida en la fotografía y que al escucharla, pude confirmar no solo que había gente diferente, como me sentía yo en ese momento, sino que estaba permitido, y eventualmente podría ser exitoso por serlo. Esa cantante de la foto era Madonna y ese su primer disco internacional. Curiosamente, llega a mis manos como un regalo porque mi familia había entendido que «eso que era raro, era para mí».

Cuando me acercaba a los 30 años, comencé a ordenar mi vida priorizando lo que se sentía propio, y lo que no. Considero este uno de mis primeros momentos de madurez, cuando podemos diferenciar lo que somos de lo que nos conviene o nos gustaría, pero no refleja nuestra esencia. Y, a partir de esos días, comenzó a revelarse un proceso que fue

ciertamente mágico, porque no todos los cómo tienen respuestas, y también natural, porque fue ocurriendo con cierta espontaneidad.

Todo comenzó cuando ya había emigrado de Argentina y vivía en Miami. Al cumplir 28 años me había hecho la pregunta más importante que nos podemos hacer los seres humanos: «¿Soy feliz?». No era infeliz, pero tampoco pude responder que sí.

No hacía mucho tiempo que había comenzado a asistir a grupos que hablaban sobre temas de espiritualidad. Resonaba conmigo porque mi curiosidad me había llevado a sentarme en iglesias, conferencias y eventos en los que pudiera entenderme mejor y entender al mundo. Una pregunta que me daba vueltas sin encontrar respuesta era: «¿por qué funcionamos como funcionamos?». Y estos grupos me habían dado la posibilidad de escuchar y ser escuchado.

Cuando pensaba en los momentos de la semana en que realmente podía experimentar felicidad, sin duda llegaban esos que compartía con el grupo. Tal como ocurrió muchos años atrás con mis vecinas, solo que ahora eran contemporáneos, la mayoría inmigrantes, y nos convocaban temas y lecturas como *Un Curso de Milagros*, un libro cuyas enseñanzas espirituales me cautivó desde la primera lectura.

En estos encuentros, mi curiosidad siempre me llevaba a preguntar sin temor. Siempre hay alguien que hace «esa» pregunta por nosotros. Y ese era yo. Fue así que quienes asistían me pidieron abrir un nuevo grupo y ser el moderador. Esto derivó en un taller de fin de semana, al que llamé *Spiritual Boot Camp*. Para ese fin de semana escribí un material que terminó siendo un libro y que no tardó en ser publicado a raíz de que llegó a la televisión antes de pasar por una editorial.

Resulta que para las personas que llegaban al grupo había escrito un pequeño manual al que titulé «Vivir en La Zona», intentando poner en palabras de gente más joven el concepto de «Espíritu Santo». Para muchos de los asistentes, la palabra distorsionaba el verdadero significado de esa presencia divina en nosotros. Las palabras y sus significados suelen ocultar el verdadero sentido que representan, así es que en «La Zona» encontré una manera más cercana de referirnos a esta conexión interna con Dios.

En esos días, una periodista me entrevistó buscando contenido para un reportaje sobre cómo los más jóvenes buscaban a Dios en estos tiempos. Y la conversación se convirtió en una larga charla que finalmente se publicó como tal y en donde se mencionaba mi nuevo libro. Un libro que tenía en mente, que había comentado con la periodista, pero que aún no había visto la luz. En la entrevista se daba por hecho, tal es así que al día siguiente me llaman de la cadena Telemundo para presentarlo en su programa matutino. Solo les explique que había un retraso, pero que en un mes estaría con el libro en sus estudios. Tenía pocos días para encontrar una editorial y recurrí a una de Córdoba, la ciudad donde viví y estudié, en Argentina. Me resultaba más fácil conectar este proyecto con quien pudiera entenderme. Aun cuando ya vivía en Estados Unidos, la gente de nuestro lugar de origen puede entendernos mejor, sin tanto que explicar.

Así es que llegaron los primeros libros enviados en cajas por correo, inicié un *blog* hablando de él y lo coloqué en el sitio de ventas *online* Amazon.com. Finalmente me presento en Telemundo y ese día hubo dos regalos más. Por un lado, me invitaron a participar semanalmente en el show que conducía la periodista María Antonieta Collins, con quien hoy me une la amistad, y también surgió una entrevista para la

revista *Vanidades*, dedicada a lectoras femeninas y que se distribuye en buena parte del continente. En dos semanas, la nota titulada «Vivir en La Zona» fue publicada y comenzaron a llegar los pedidos del libro y mis primeras conferencias.

De allí se inicia un camino que escapaba a la lógica pero tenía sentido cuando era observado desde el corazón, que me llevó a viajar sin interrupciones por Latinoamérica y ciudades de Estados Unidos compartiendo mi visión sobre una espiritualidad posible, accesible a nuestras vidas cotidianas.

Más adelante, gracias a una aparición en «El Show de Cristina», que conducía la periodista Cristina Saralegui en la cadena Univisión, hubo interés de personas de Nueva York para que ofreciera una conferencia en esa ciudad. Así lo hice, con unas 20 personas en la sala de Manhattan. Entre ellas, Melanie, que habiendo conocido mi trabajo a través de una amiga, logró transformaciones positivas en su vida y me ofrecía un cómodo espacio en su casa para realizar reuniones mensuales. Y así fue. Cada mes visitaba la ciudad y al caminar de la parada del tren a su casa, revivía el sueño del niño leyendo la revista *Selecciones*. Esas páginas ya tenían vida y disfrutaba pensando que, en algún momento, viviría allí. Lo que soñamos es una marca de nuestro destino que se nos anticipa en forma de imágenes o historias. Eso que soñamos, nos espera si lo sabemos cultivar.

Y el destino siguió desplegándose. María Antonieta Collins, la periodista del programa de televisión, me envió un mensaje para que visitara a una amiga a quien ya le había hablado de mí y vivía en Nueva York. Esa amiga es Genevieve Fernández, editora de la revista *Selecciones*. Sí, la misma que estaba bajo el colchón de mi abuela. Su interés era que pudiera formar parte de su equipo como columnista. Y así

nace «En La Zona», una columna que durante varios años se publicó en todas sus ediciones en español. Tomé esta señal como un guiño de la ciudad para mudarme. Y después de una búsqueda de apartamento «siguiendo mi razón», eligiendo lo que me convenía sobre lo que sentía posible, y sin poder concretarlo, decido regresar a Miami. Pero era un 26 de diciembre y una nevada tormentosa provocó la cancelación del vuelo desde Nueva York y debí quedarme un día más. Ahora tenía 24 horas extra para encontrar nuevo hogar, pero esta vez dejaría que mi corazón me fuera mostrando dónde. Esta fue otra de las lecciones en las que pude experimentar nuestro GPS en acción. Desde el aeropuerto hice una llamada a un teléfono que había encontrado en un sitio de Internet. Apareció un apartamento listo para ser ocupado, cuyo precio podía cubrir con los ingresos que la revista me pagaría por mi participación. Era la calle 81, la misma por la que caminaba cada mes imaginando ser un vecino más. Me mudé a la semana siguiente, pero el dato de color llegó unos días después. Me entero que hacía dos meses, Madonna, la misma cantante de aquel disco de mi niñez, había comprado un edificio en la misma finca para convertirlo en su nuevo hogar. Es decir, ahora seríamos vecinos.

¿Cómo podría unir la historia del niño que vivía en un pequeño pueblo, que comenzaba a hacer lo que sentía aun desafiando los evidentes imposibles, con la de este adulto caminando lo que en aquel entonces estaba en su mundo invisible?

Esas respuestas son las que quiero compartir en este libro. Porque lo mejor que podemos ofrecerle al mundo, a nuestra familia, a nuestros hijos y a los seres que amamos, es la versión más completa, más honesta y realizada de nosotros mismos.